

## NECROLOGÍA

FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN (1891-1971)

En Pontevedra, pocos meses después de cumplidos los ochenta, falleció el 27 de noviembre de 1971 don Francisco Javier Sánchez Cantón. Cuando en 1949 justificaba ante la Real Academia Española el tema de su discurso de recepción, confiesa: «me impuse el deber de tratar acerca de un escritor gallego en lengua castellana; porque, de espaldas muchos años al estudio de mi tierra, hace ya algunos que procuro rectificar tal desvío». Este desvío, como es obvio, no había sido jamás afectivo, sino meramente profesional y relativo; su rectificación suprema lo constituyen los largos años de dirección del Instituto P. Sarmiento de Estudios Gallegos, la cesión de su rica biblioteca al Museo de Pontevedra y el retorno final a Galicia, para buscar en su suelo el acomodo definitivo.

Catedrático universitario desde edad muy temprana, se jubiló siendo decano de la Facultad de Letras madrileña, y aún después de su cese profesional siguió asistiendo como vicerrector a los asuntos universitarios. Con estos quehaceres simultaneaba los académicos (en 1926 había ingresado en la de Bellas Artes con un discurso sobre San Francisco de Asís en la escultura española), la dirección de la Academia de la Historia (en la que había entrado en 1935 con un estudio sobre el conde de Gondomar) y en la Academia Española, donde fue recibido con un bello discurso (1949) sobre «Don Antonio Francisco de Castro, poeta preromántico». Estos discursos contienen buena información sobre su labor crítica e histórica a dos vertientes (la literaria y la artística), sabrosas noticias sobre su extensa obra, y, por supuesto, sobre su estilo literario, siempre linfa clara y sosegada. Con absoluta justicia afirmaba Marañón que sus libros son modelo de «tersa y difícil simplicidad»; la simplicidad por ascetismo y como resultado de clarificación previa, así como de cortesía de la inteligencia. Cantón sabía muy bien que la naturalidad no envejece. Y a esta naturalidad había llegado, según se ha dicho, merced a una necesidad sentida en la juventud de oponerse a la retórica y al injerto científico impuesto en la dición y en la observación misma.

Durante su larga actividad como profesor y académico, Sánchez Cantón supo de la admiración y afecto de amigos y discípulos; nunca, probablemente, fue tan tocado su corazón y estilo como en el momento de aparecer la publicación que se le dedicara al cumplir cincuenta años de servicio en el Museo del Prado (Madrid, 1963), donde colegas, deudores y alumnos ordenaron una antología de textos y una bibliografía completa de su obra; y también la dedicación del número de *Cuadernos de Estudios Gallegos*, que dirigió hasta su muerte, en 1969. Porque su magisterio era más bien silencioso y gustaba de la penumbra laboriosa; un magisterio más serio que brillante, el propio de quien no precisa alzar la voz

para ejercer o recordar su autoridad, se mantiene deliberadamente alejado de los grandes altavoces de la comunicación moderna y cuenta en consecuencia con el silencio injusto de los repartidores de inmortalidad en vida. Con mesura, sin pausa, sobrio, obedeció a su vocación esclarecedora y conservadora hasta el final de sus días.

En la amplia bibliografía artística de Sánchez Cantón descuellan los cinco tomos de *Fuentes literarias para la Historia del Arte español*, cuya aparición fue escalonándose entre 1923, que aparece el primer tomo, dedicado al s. XVI, y el V, editado en 1941 por el CSIC, Instituto Diego Velázquez (el II, dedicado al s. XVII apareció en 1933; el III, siglos XVII y XVIII, en 1934; el IV, también dedicado al XVIII, en 1936). Y el complemento externo de esta actividad investigadora y crítica lo constituía un quehacer de gran trascendencia pública, y que con sumo acierto ha sido denominado de «aposentador de sombras», esto es, de acondicionador de museos, exposiciones o reconstrucciones de inmuebles con rango histórico, artístico o literario, como las casas de Lope en Madrid y de Cervantes en Valladolid, la del Greco en Toledo o la magna exposición de Carlos V y su tiempo, así como el delicioso y recoleto Museo de Pontevedra. Su función asesora, para la localización y colocación de un mueble adecuado, una cerámica, un tapiz o un espejo antiguo, así como el diagnóstico certero sobre fecha y autoría de un cuadro viejo y sin firma, han quedado como modelos de rigor, sensibilidad y prudencia. Cantón se había formado en la escuela de grandes peritos, como don Elías Tormo y el Marqués de la Vega Inclán.

Si tenemos presente que anota los manuscritos de Sarmiento y la correspondencia de Gondomar; que prologa libros gallegos en verso y prosa; que se ocupa de Trillo, Rosalía, Pardo Bazán, la cerámica de Sargadelos, el cura de Fruime o de Sotomayor, amén de recensiones, notas sobre el galleguismo en el Arte, etc, comprobaremos hasta qué punto es relativo el desvío por los temas de su tierra de que se acusa en el discurso de recepción en la Academia Española. Pero hay más. Hay un tipo de literatura miscelánea, tan favorecida desde Feijoo hasta nuestros días por los escritores del Noroeste, en la que encontramos deliciosas páginas olvidadas del maestro desaparecido: sobre el chocolate, por ejemplo, o sobre la vida en Galicia en los tiempos del Arte románico; «batatas, no patatas»; cuatro jicaras más y un molinillo; sobre el prognatismo de los Austrias; sobre el bigote de Lope; sobre el ferrocarril en la caricatura, etc. Se trata de graciosos bocetos en los que la sensibilidad y la erudición colaboran al buen sabor de una olla podrida y amena, y un soterrado humor juguetón no descompone jamás el gesto. Para muchos, la austeridad de Sánchez Cantón parecía hosca sequedad altiva. Era bastante fácil, sin embargo, descubrir lo que había de simple defensa de su soledad y timidez nativas en su esquivez meramente aparente. Lo que parecía orgullo era simple compostura (hoy desbaratada por tanta arrabalera chabacanería). Recuerdo, a este respecto, la impresión satisfactoria que un colega suyo en la Academia de la Historia me trasmitía después de haber encontrado, por lo visto con inusitada afabilidad, a Sánchez Cantón en Pontevedra; afabilidad que se tornó bien pronto, al reencontrarle pocas semanas después en las reuniones madrileñas de la Academia, en su habitual hermetismo. La experiencia propia es, sin embargo, bien diferente, y hasta diría que el descubrimiento estival de su compañero podría repetirse indefinidamente, en Galicia o fuera de ella, por todo el que fuera capaz de descubrir y celebrar sus pontevedras íntimas.

Esta revista difundió en varias ocasiones sus investigaciones sobre materia literaria: «El Arte de Trovar de don Enrique de Villena» (1919), que hizo seguir de una edición crítica (Madrid, V. Suárez, 1923), y «Un pliego de romances desconocido de los primeros años del s. XVI» (1920). A estos trabajos ha de añadirse su ed. crítica del *Conde Lucanor* (Madrid, Calleja, 1920), el discurso citado de ingreso en la RAE y su discurso en el Instituto de España, luego reeditado por «Escorial» (1942) sobre «San Juan de la Cruz: Si cabe hablar de su arte». Otras colaboraciones de «Correo erudito» (sobre el predominio de lo visual en la literatura española o cinco notas sobre Don Juan Manuel, por ejemplo) testimonian su devoción constante por los temas literarios.

Con Sánchez Cantón desaparece un arquetipo de lo que se entiende por académico, en el preciso sentido de orden laborioso y de mesura. «Al final de su existencia —escribía Marañón en 1949— podrá decir que ni uno solo de sus días dejó de trabajar con fruto y siempre pensando en España». El pronóstico vale, como un epitafio, en el año de su tránsito. Porque el gran señor que era Don Francisco Javier no dio por buenas canonizaciones pueblerinas, y entendió su oficio como el servicio necesario a una España dilatada y polimorfa.

JOSÉ LUIS VARELA